

Vicente de Paúl y la Santa Sede

Adelino Ornelas, C.M.

Un niño nacido en Las Landas, en el suroeste de Francia, en el siglo XVI no parecía predestinado a relacionarse con la cabeza de la cristiandad. Pero al final acabó haciéndolo con varios Papas de su tiempo. A la hora de sus estudios en Dax y Tolosa había oído hablar del Papa, pero como uno de esos señores de la política de su tiempo y hasta relacionado con las guerras religiosas que asolaban Francia y llegaban hasta su tierra natal. Tal vez se le habría fijado alguna imagen de los papas del Renacimiento, mundanos y enrolados en la política italiana. Pero ciertamente esos señores le parecían muy distantes para preocuparse por ellos. Y al final el destino fue muy diferente.

Recordemos que durante los casi 80 años de la vida de Vicente de Paúl pasaron por sede de Pedro, nada menos que once papas: Gregorio XIII (1572-1585); Sixto V (1585-1590); Urbano VII (1590); Gregorio XIV (1590-1591); Clemente VIII (1592-1605); León XI (1605); Paulo V (1605-1621); Gregorio XV (1621-1623); Urbano VIII (1623-1644); Inocencio X (1644-1655); Alejandro VII (1655-1667).

El primer contacto con la Santa Sede se da hacia 1601, cuando Vicente tuvo a bien pleitear el nombramiento para la parroquia de Tilh, pero su oponente tenía triunfos más fuertes y Vicente no pasaba de ser un aventurero, si bien soñando alto, si nos atenemos a lo que dirá más tarde sobre un proyecto “cuya temeridad no me atrevo a nombrar” y que haría referencia a haberse propuesto para algún obispado. Esta su primera estadía en Roma, si bien infructífera de cara a su objetivo principal, sirvió para que Vicente se extasiara con los monumentos y recuerdos cristianos dispersos por la ciudad. En una carta de 1631, a Du Coudray a la sazón en Roma, escribe: “Por fin ha llegado usted a Roma, donde está la cabeza visible de la Iglesia militante, donde están los cuerpos de san Pedro y de san Pablo y de otros muchos mártires y santos personajes, que en otro tiempo dieron su sangre y emplearon toda su vida por Jesucristo. ¡Cuán feliz es, señor, por poder caminar sobre la tierra por la que caminaron tantos grandes y santos personajes! Esta consideración me conmovió tanto cuando estuve en Roma hace treinta años, que, aunque estaba cargado de pecados, no dejé de entermecerme, incluso con lágrimas, según me parece”¹.

¹ SVP.ES I, 176; SVP I, 115.

En 1601 era Papa Clemente VIII y Vicente tuvo por él gran veneración, considerándolo como santo, sobre todo cuando supo que lloraba al subir la Escala Santa, cerca de San Juan de Letrán. Tal vez este primer encuentro con la santidad haya funcionado en él como una primera llamada a la santidad. Pero por entonces no pasó de un deseo.

Siete años más tarde, en 1608, encontramos a Vicente de nuevo en Roma. Había vivido la experiencia del cautiverio. Con la ayuda del vice-legado Pedro Montorio fue hasta Roma. El obispo le había hecho promesas de algún nombramiento rentable y Vicente fue entre tanto a vivir en casa de Monseñor, haciendo de criado y enseñándole algunos secretos de alquimia aprendidos en Argel durante el cautiverio, con lo que Monseñor hacía trucos ante los cardenales. Entre tanto Vicente aprovechaba para hacer algunos estudios y entrar en contacto con algunas experiencias pastorales como la cofradía de la Caridad del hospital del Espíritu Santo. No parece que hubiera tenido contacto con el papa de entonces, Paulo V. Fue sin duda en este tiempo cuando conoció a la gente, para poder dar, en 1642, este conejo a Bernard Codoing: “Fíjese, padre, cómo usted y yo nos dejamos llevar demasiado por nuestras opiniones. Sin embargo, está usted en un lugar donde se necesita una exquisita prudencia y circunspección. Siempre he oído decir que los italianos son las personas más precavidas del mundo y que suelen desconfiar de las personas que van aprisa. La prudencia, la paciencia y la mansedumbre, con el tiempo, lo logran todo entre ellos; y como saben que nosotros, los franceses, vamos demasiado aprisa, les gusta dejarnos mucho tiempo en la calle, sin comprometerse con nosotros”². Cansado de promesas no cumplidas, Vicente se retira y se va a París.

Los años que van de 1610 a 1625, son años de desilusión y de búsqueda. Pero son también años de encuentro. En 1617, el soplo del Espíritu se le revela en un sermón en Folleville. Allí comenzaron las misiones populares y las caridades. De ahí va a surgir el proyecto de una fundación que después se llamará Congregación de la Misión.

Podemos encuadrar las relaciones de San Vicente con la Santa Sede en tres líneas generales:

- Vicente y la Congregación de la Misión;
- Vicente y las misiones ad gentes;
- Vicente y el Jansenismo.

² SVP.ES II, 197; SVP II, 235.

1. Vicente y la Congregación de la Misión

El año 1622 es un año señalado para Vicente. En ese año es nombrado superior de las Visitandinas de París, por S. Francisco de Sales (que muere en ese año) y que avala su carisma de maestro espiritual. Aconsejado e impulsado por Margarita, condesa de Gondi, Vicente se lanzó a la obra de las misiones populares, ayudado por algunos sacerdotes. Pero la obra funcionaba sin garantías de futuro. Por eso el matrimonio Gondí ofrece a Vicente la cantidad de 45.000 libras y el edificio del colegio de Bons Enfants para crear una fundación estable que costeara la continuidad de las misiones populares. La escritura será firmada en Abril de 1625. El carisma venía ya de 1617. La experiencia había sido adquirida a través de ocho años, con el P. Portail y otros pocos. Faltaba ahora la base jurídica. Será el trabajo y la relación con la Santa Sede.

Vicente sabía que no bastaba la aprobación del arzobispo de París. Quería bases más estables y para ello necesitaba la aprobación de Roma. En 1627, Vicente se dirige por primera vez a Propaganda Fide para pedir dos cosas: una bendición, o sea una aprobación global, y algunas facultades del género de las concedidas a otros institutos para las misiones. Después de una consulta al Nuncio, la súplica fue diferida. Reinaba Urbano VIII.

Al año siguiente, Vicente vuelve a la carga. Ahora la petición era más amplia e incluía el reconocimiento, a favor de Vicente, de los derechos concedidos a los fundadores y la exención de los Ordinarios, excepto en lo que se refería a las misiones. Las dos peticiones tuvieron respuesta negativa. La petición de Vicente suponía la creación de una nueva orden religiosa.

Como buen gascón, Vicente no desiste y en 1631, aconseja al P. Du Coudray: "Es preciso que haga entender que el pobre pueblo se condena, por no saber las cosas necesarias para la salvación y no confesarse. Si Su Santidad supiese esta necesidad, no tendría descanso hasta hacer todo lo posible para poner orden en ello; y que ha sido el conocimiento que de esto se ha tenido lo que ha hecho erigir la compañía para poner remedio de alguna manera a ello; que, para hacerlo, hay que vivir en congregación y observar cinco cosas fundamentales de este proyecto: 1.º dejar a los obispos la facultad de enviar misioneros [a la] parte de sus diócesis que les plazca; 2.º que estos sacerdotes estén sometidos a los párrocos de los sitios adonde vayan a hacer la misión, durante el tiempo de la misma; 3.º que no tomen nada de esas pobres gentes, sino que vivan a sus expensas; 4.º que no prediquen, ni catequicen, ni confiesen en las ciudades donde haya arzobispado, obispado o presidial, excepto a los ordenandos y a los que hagan ejercicios en la casa; 5.º que el superior de la Compañía tenga la dirección entera de la misma; y que estas cinco máximas tienen que ser como

fundamentales de esta congregación... Manténgase, pues, firme y dé a entender que hace largos años que se piensa en esto y que tenemos ya experiencia”³.

Estas consideraciones interesan de tal manera la opinión pública que el rey Luis XIII se presta a escribir al Papa Urbano VIII en términos casi idénticos: “Santísimo Padre: El gran fruto y edificación que reciben nuestros súbditos del campo por la buena asistencia e instrucción que les dan los sacerdotes de la Misión, fundados para ir de aldea en aldea predicando, exhortando, confesando y catequizando al pobre pueblo, sin recibir ninguna retribución temporal, nos hace desear que esta Misión se establezca en una forma tal que pueda acrecentarse y durar en el futuro. Por eso dirigimos esta carta a Su Santidad para suplicarle con todo afecto que se digne favorecer y apoyar con su autoridad un propósito tan santo, tan útil y tan loable, erigiendo la Misión de dichos sacerdotes en congregación formal, según la instancia que hará en nuestro nombre el señor de Béthune, nuestro embajador, a quien nos remitimos. Suplicamos a Dios, Santísimo Padre, que se digne conservar largos años a Su Santidad, manteniéndolo y ayudándole en el gobierno y régimen de nuestra madre la santa iglesia”⁴.

Después de estas negativas y sospechando maniobras envidiosas de otros institutos religiosos, Vicente acude a la Congregación de Obispos y Regulares y por intercesión de esta obtiene la aprobación deseada para su instituto. El regocijo de Vicente y de sus compañeros se tradujo en una fervorosa acción de gracias.

Tras algunas negociaciones, Urbano VIII aprobaba la nueva Congregación con la Bula “*Salvatoris Nostris*” del 12 de Enero de 1633, reconociendo a la fundación vicenciana tres fines:

- a) Ayudar a la salvación de sus miembros y de los habitantes del campo;
- b) Honrar los misterios de la Trinidad y la Encarnación y cultivar una particular devoción a la Virgen;
- c) Ocuparse de los ordenandos.

Del proyecto estaba casi completo, pero faltaban los Votos y el Estatuto de Pobreza. Sería la guinda del pastel, pero el nuevo papa, Inocencio X rehusó aprobar los Votos y el Estatuto de Pobreza que proponía Vicente. Con este papa, las relaciones fueron menos sencillas. El papa tenía fama de ser opuesto a las comunidades religiosas. Tal vez era más favorable a la supresión de los conventos pequeños donde la observancia de las Reglas ya no era posible y menos aún el

³ SVP.ES I, 176-177; SVP I, 115-116.

⁴ SVP.ES X, 264-265; SVP XIII, 219.

empeño concreto en la evangelización. Lo que no era el caso de Vicente. Habrá sido en este contexto que se atribuyó a Vicente la expresión: “Con este papa no conseguimos nada, habrá que esperar otro”. La expresión por lo menos traduce bien la idea que daba la diplomacia romana.

En 1655 fue elegido papa Alejandro VII que conocía las actividades de los vicentinos en Italia y dará prueba de su generosidad para con ellos. Poco después de su elección, el 22 de Septiembre, publica el breve “Ex commissa nobis” que aprueba los Votos de la Congregación de la Misión y el 12 de Agosto de 1659, publica el breve Alias Nos ratificando el Estatuto de Pobreza en la Congregación. Será él quien en 1659 obligará a los ordenandos de Roma, hacer el retiro de ordenación en la casa de la Misión de Montecitorio (que todavía hoy existe junto al edificio del Parlamento Italiano y al servicio del mismo).

Se comprende la alegría de Vicente desde que fue elegido este papa del que esperaba una gran benevolencia. “¡Qué miserable soy al precipitarme sobre la comida, para devorarla, como esos de los que acabo de hablar! ¡Cuántos motivos para humillarme!... Ha querido nuestro Señor darnos un Papa. Me han dado la noticia al ir a la reunión (1). La hermana del señor cardenal Mazarino se lo ha dicho a las religiosas de Santa María del arrabal de Santiago, que me lo han comunicado. Es un buen papa, el que más ha profundizado en las materias de estos tiempos y que ha sido de la opinión contraria a las ya condenadas. Los sacerdotes de la Misión dirán mañana la misa como acción de gracias, etcétera, y la oirán nuestros hermanos, y el domingo próximo comulgarán por esta misma intención. Las damas de la reunión de la caridad tienen que comulgar mañana por esto”⁵.

No será difícil ver la referencia a este Papa en una conferencia sobre la obediencia, el 19 de Diciembre de 1659: “¿A quién debemos obediencia? La regla empieza por nuestro santo padre, el Papa; él es el padre común de todos los cristianos, la cabeza visible de la Iglesia, el vicario de Jesucristo, el sucesor de san Pedro; le debemos obediencia todos los que estamos en el mundo para instruir a los pueblos en la obediencia que deben tener, lo mismo que nosotros, a este pastor universal de nuestras almas. A nosotros nos toca darles ejemplo. Por eso entreguémonos a Dios para obedecerle debidamente y para recibir bien todo lo que venga de su parte. A él, en la persona de san Pedro le ha dicho nuestro Señor: ‘Pedro, apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas’; a él, ese mismo Salvador le ha dado las llaves de su Iglesia. Él es como otra especie de hombre, muy por encima de todos los

⁵ SVP.ES XI, 103; SVP XI, 179.

demás hombres. Por eso hemos de mirarlo en nuestro Señor, y a nuestro Señor en él”⁶.

Este mismo pensamiento manifiesta a las Hermanas al explicarles las reglas Comunes en septiembre de 1655: “Los que hablan de cumplir la voluntad de Dios entienden por esta voluntad sus mandamientos y los de la iglesia, que nos obligan a obedecer al Papa, a los obispos y a las demás personas que hayan recibido de ellos el poder”⁷.

2. Vicente y las misiones ad gentes

Si en lo que hacía a la Congregación de la Misión, fue Vicente el que corrió a Roma e intentó convencerla de la bondad de su causa, en lo referente a las misiones ad gentes, el movimiento fue en sentido contrario.

En 1622 Roma crea la Propaganda Fide para tratar de promover todo lo que se refería a las misiones ad gentes. Roma quería de alguna manera romper el cerco de los Patronatos portugués y español en lo referente a las misiones. Para ello necesitaba personal que no perteneciese a esos países.

El Pontífice ratificaba la índole misionera de la Congregación, basándose en la misión de Jesús evangelizador de los pobres y en la dedicación concreta a las misiones al pueblo y las obras propias del Instituto. Las misiones ad gentes no vienen mencionadas en la bula por lo que no se asumirán compromisos en ese sector. Aún así, ciertas cláusulas de la bula abrían puertas para otras obras que se conformasen “legítimamente con las Reglas” y con “la autoridad del Superior General sobre las casas que se llegasen a fundar en cualquier lugar” y con “el poder del Superior General para enviar o retirar de cualquier lugar a los misioneros”.

Las misiones ad gentes fueron conquistando los ánimos de los misioneros a medida que Propaganda Fide reiteraba su propuestas de confiar a la Congregación territorios donde la Iglesia no estaba implantada todavía. El mismo Vicente se imaginaba en un mundo más extenso que el exágono francés.

Mons. Ingoli, secretario de Propaganda, iba haciendo llegar, por medio de los misioneros que estaban en Roma, propuestas de misiones ad gentes que el fundador comentaba con sus compañeros. En 1639 comentaba con Lebreton: “Admiro la providencia de esa Congregación

⁶ SVP.ES XI, 692; SVP XII, 430.

⁷ SVP.ES IX, 734; SVP X, 107.

para las misiones y ruego al soberano pastor y dueño de las misiones que obtenga de allí mucha gloria”⁸.

Entre tanto iban llegando solicitudes para enviar misioneros a Istanbul -1634; Brasil -1640; Persia -1640; Extremo Oriente -1644; Norte de África: Tunez -1645, Argel -1646; Irlanda -1646; Arábia -1647; Madagascar -1648; Canadá -1650; Polonia, a petición de la reina maría de Gonzaga, -1651; Suecia -1654; Líbano -1656... Apenas fueron atendidas algunas solicitudes, como el Norte de África, Irlanda, Madagascar, Polonia, a pesar del deseo del superior de dar respuesta a todas.

En 1640 escribe a Lebreton: “¿Que quiere que le diga de la propuesta de monseñor Ingoli? Nada le diré, a no ser que la recibo con toda la reverencia y humildad que me es posible; [...] he ido a celebrar la santa misa. Se me ha ocurrido el siguiente pensamiento: que, como el poder de enviar ad gentes reside en la tierra únicamente en la persona de Su Santidad, [...] todos los eclesiásticos tienen obligación de obedecerle en esto; y según este principio, que me parece digno de crédito, le he ofrecido a su divina Majestad nuestra pobre compañía para ir adonde Su Santidad ordene”⁹.

Dos años más tarde escribe: “Esta pequeña compañía se ha educado en esta disposición de que, dejándolo todo, cuando quiera Su Santidad enviarla a capite ad calcem a esos países, irá de muy buen grado”¹⁰.

En 1646 exulta con la expansión de la Iglesia y la vocación universal de la Compañía. Pero no esconde la preocupación ante la descristianización del viejo continente: “Le confieso que siento un gran afecto y devoción, según creo, a la propagación de la iglesia en los países infieles, por temor a que Dios la vaya destruyendo poco a poco por aquí”¹¹. Poco después confiesa al mismo misionero: “¿Quién sería capaz de decir que Dios no nos llama ahora a Persia? No hay que deducirlo del hecho de que no estén llenas nuestras casas: no siempre las que están con más gente dan más fruto. [...] Ya sabe usted, padre, cómo hace ya tiempo que la sagrada Congregación ha puesto en nosotros sus ojos, cuántas veces nos ha urgido, qué poca prisa nos hemos dado nosotros para que no se mezclara nada humano en la resolución de esta santa empresa; pero, como nos urge de nuevo por carta y por medio del Señor Nuncio, no dudo de que hay que obedecer”¹².

El entusiasmo por la misión se puso al rojo vivo cuando en 1648, el superior decidió aceptar la misión en Madagascar. El fervor misio-

⁸ SVP.ES I, 539; SVP I, 548.

⁹ SVP.ES II, 45; SVP II, 50.

¹⁰ SVP.ES II, 214; SVP II, 256.

¹¹ SVP.ES III, 37; SVP III, 35.

¹² SVP.ES III, 143; SVP ??, 153-154.

nero contagió a muchos cohermanos a través de los comentarios de Vicente y de las lecturas de las crónicas leídas en el refectorio. La confesión que hace en 1657 es emocionante: “Es menester [...] estar dispuestos y preparados para ir y para marchar adonde Dios quiera, bien sea a las Indias o a otra parte; en una palabra, exponernos voluntariamente en el servicio del prójimo, para dilatar el imperio de Jesucristo en las almas. Yo mismo, aunque ya soy viejo y de edad, no dejo de tener dentro de mí esta disposición y estoy dispuesto incluso a marchar a las Indias para ganar allí almas para Dios, aunque tenga que morir por el camino o en el barco”¹³.

El celo de Vicente llega a alturas místicas cuando en una repetición de oración habla al sacerdote enviado a Madagascar como si estuviera presente, cuando en realidad ya había muerto.

A las Hijas de la Caridad les dice: “Sé muy bien, hijas mías, que os piden muy lejos de aquí, a más de seiscientas leguas, y he recibido algunas cartas; sí, desde una distancia de seiscientas leguas se está pensando en vosotras; y si hay allí algunas reinas que os piden, también conozco a otras personas que os piden más allá del mar”¹⁴. Se refería a la solicitud que le hiciera la reina de Polonia y a la sugerencia del P. Nacquart que le había pedido el envío de Hermanas a Madagascar.

Esta correspondencia demuestra que entre Vicente y la Santa Sede debió abordarse frecuentemente el tema de las misiones, bien directamente, bien a través de los misioneros que vivían en Roma, bien a través del Nuncio en París.

3. Vicente y el Jansenismo

El Jansenismo es ante todo un asunto francés y el recurso a la Santa Sede vendrá a aclarar una contienda que amenazaba ponerse fea. En este recurso Vicente intervendrá con su influencia y fuerte convicción.

El Jansenismo provenía de un libro escrito por Cornelio Janssen (nombre latinizado, de Jansenius, y Jansenismo), titulado *Augustinus* por la pretensión de basarse en San Agustín. En Francia la importancia del jansenismo se debió a Juan Duvergier de Haurenne, conocido por el nombre de abad de Saint Cyran, por la abadía de ese nombre que le había sido atribuida por el obispo de Poitiers. Cornelio Janssen y el abad de Saint Cyran trabaron amistad durante los estudios de

¹³ SVP.ES XI, 281; SVP XI, 402.

¹⁴ SVP.ES IX, 472; SVP IX, 564.

ambos en París. Después, Cornelio regresó a Holanda donde fue ordenado sacerdote y elegido obispo de Ypres.

Las ideas del Augustinus eran muy próximas a las de Calvino. Mejor dicho, el abad de Saint Cyran dirá que Calvino tenía razón, sólo que no supo defenderse. El abad y Vicente se conocían, ya que ambos pertenecían a la élite religiosa y espiritual de París y comenzaron a colaborar a partir de 1624. Vicente valoraba los conocimientos del abad y aceptó su colaboración en la fundación de la Congregación y en la adquisición del priorato de San Lázaro. Pero a un cierto punto sintió que sus ideas eran peligrosas y ponían en juicio la doctrina de la Iglesia. Más tarde dirá al P. Dehorny, misionero en Roma que se sintió atraído por las ideas jansenistas, que el abad no aceptaba ni siquiera los concilios.

Hacia 1637 Vicente fue a casa del abad y sostuvo una larga y esclarecedora conversación. De ahí en adelante se acabaron las relaciones. Pero el abad escribió un tratado sobre la humildad en el que atacaba a Vicente, tratándolo de ignorante e incapaz de dirigir sacerdotes y seminaristas. Vicente también escribirá un tratado sobre la gracia, que no se publicó. A lo más lo mostró a algunos amigos.

No entramos aquí en el aspecto doctrinal. Sólo nos interesa la intervención de Vicente para traer la paz a los espíritus. En esta intervención Vicente dice que está dispuesto a dar la vida por la esposa de Cristo. En esta línea de pensamiento es curiosa esta declaración: “A la pregunta de si he oído decir al señor de Saint-Cyran que el Papa y la mayoría de los obispos, párrocos, etc., no constituyen la verdadera iglesia, ya que están desprovistos de vocación y de espíritu de gracia, respondo que no le he oído nunca decir lo que se contiene en dicha pregunta, a no ser solamente una vez que dijo que muchos obispos eran hechuras de la corte y no tenían vocación”¹⁵. Esta fue una declaración en el juicio al abad y Vicente no quiso ser acusador. Pero en su intimidad con los suyos dijo: “Durante toda mi vida he tenido miedo de encontrarme en el origen de alguna herejía. Veía el gran desastre que habían causado las de Lutero y Calvino y cómo muchas personas de toda clase y condición habían sorbido su peligroso veneno, al querer saborear las falsas dulzuras de su pretendida reforma. Siempre he tenido miedo de verme envuelto en los errores de alguna nueva doctrina, sin darme cuenta de ello. Sí, durante toda mi vida, he tenido miedo a esto”¹⁶.

Cuando las nuevas doctrinas comenzaron a extenderse, Vicente pensó que había que actuar y reunió en S. Lázaro un grupo de perso-

¹⁵ SVP.ES X, 110-111; SVP XIII, 91.

¹⁶ SVP.ES XI, 730; SVP XI, 37.

nas importantes que redactaron cinco proposiciones que decían ser la doctrina del libro de Jansenio, pero sin atribuirles a ese libro. El texto definitivo para enviar a la Santa Sede era el siguiente:

- 1º Algunos mandamientos de Dios son imposibles de guardar por los justos, por más que quieran y se esfuercen en ello, dadas las fuerzas que poseen y por faltarles la gracia que se los haga posibles.
- 2º En el estado de naturaleza caída, nunca se resiste a la gracia interior.
- 3º En el estado de naturaleza caída, para merecer o desmerecer, el hombre no necesita de la libertad que excluye la libertad interna; basta la libertad que excluye la coacción física.
- 4º Los semipelagianos admitían la necesidad de la gracia interior proveniente para todos los actos, incluso el inicio de la fe; su herejía consistía en pretender que esa gracia era de tal naturaleza que la voluntad podía obedecerla o resistirla.
- 5º Decir que Jesucristo murió o derramó su sangre por todos los hombres es semipelagianismo.

Ahora había que reunir firmas que apoyasen la petición de condena de estas proposiciones. Fue lo que hizo Vicente a través de sus conocidos. Aunque sufrió desilusiones, no se arredró.

La fase siguiente de las operaciones debía desarrollarse en Roma. Sabemos que Vicente planeó la táctica a seguir, aconsejó a los delegados y les ayudó económicamente; les facilitó el hospedaje. Los delegados, por su parte, iban informando a Vicente sobre la marcha de las negociaciones y le pedían consejo.

Vicente fue el primero en conocer la condena de las cinco proposiciones, aún antes de su publicación en la bula de 9 de Junio de 1633, Lo comunicó jubilosamente a su comunidad y a los amigos.

Pero el problema continuó, ya que los jansenistas decían que las proposiciones eran condenables sí, pero no eran de Jansenio ni estaban en el Augustinus.

A Juan Deslyons, deán de Senlis, ciertamente un jansenista férreo, le escribe el 2 de Abril de 1657: "Le envió también la bula de Nuestro Santo Padre el Papa que confirma las de Inocencio X y las de otros papas que han condenado las opiniones de los tiempos. Creo, señor, que la encontrará tal, que no le quedará ya ningún género de duda, después de la aceptación y de la publicación que de ella han hecho nuestros señores obispos reunidos tantas veces por este motivo y, hace aún poco tiempo, los señores de la asamblea del clero que han hecho imprimir una relación de la misma, que le habría enviado ya si no fuera porque me imagino que ya la habrá visto usted, y finalmente después de la censura de la Sorbona y la carta que le han escrito a

usted por orden de Su Santidad. Según esto espero, señor, que después de todo esto, dará usted gloria a Dios y edificación a su iglesia, tal como todos esperan de usted en esta ocasión; porque, si espera más, es de temer que el espíritu maligno, que utiliza tantas argucias para huir de la verdad, le irá poniendo imperceptiblemente en tal situación que ya no tendrá fuerzas para hacerlo, por no haberse abierto a la gracia que hace tanto tiempo le solicita por unos medios tan suaves y tan poderosos como nunca he oído decir que Dios haya utilizado otros semejantes con ninguna otra persona”¹⁷.

A los que decían que eso solo lo podía resolver un concilio, Vicente escribe: “Lo que ustedes dicen de que el calor que ponen los dos partidos por sostener sus respectivas opiniones deja pocas esperanzas para una nueva unión, a la cual habría que llegar por encima de todo, me obliga a decirles que no es posible conseguir esa unión en la diversidad y contrariedad de los sentimientos en materia de fe y de religión, más que apelando a un tercero, que no puede ser más que el Papa, a falta de concilios; y que el que no quiera unirse de este modo no es capaz de ninguna unión, que fuera del Papa ni siquiera es de desear; porque las leyes nunca podrán conciliarse con los crímenes, así como tampoco la mentira puede estar de acuerdo con la verdad. [...] Sobre el remedio de dejar la cosa para un concilio universal, ¿es que puede convocarse durante estas guerras? [...] No hay por qué temer que no se obedezca al Papa, como es justo, después de que él haya pronunciado sentencia”¹⁸.

A pesar del empeño de Vicente, la controversia no quedó resuelta. Entraron en escena otros actores como Pascal con sus famosas Provinciales, Antonio Arnaut con el libro sobre la Comunión frecuente y Quesnel. Resolvió la cuestión Clemente XI con la bula *Unigénitus*. El jansenismo entró también en algunos miembros de la Congregación y se extendió en la piedad popular hasta fines del siglo XIX.

Traductor: JULIO SUESCUN OLCOZ, C.M.

¹⁷ SVP.ES VI, 264; SVP VI, 266-267.

¹⁸ SVP.ES IV, 200-204; SVP IV, 204-210.